

# LA MODA ELEGANTE

PERIODICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS — ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS — CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL — MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS — CRÓNICAS — NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid.

Madrid, 14 de Enero de 1892.

Año LI.— Núm. 2.

## SUMARIO.

TEXTO.— Revista parisiense, por V. de Castellido.— Explicación de los grabados.— Carmen Sorel (conclusión), por Abel Hermil.— Cartas a una madre, por D.ª María del Pilar Simoes.— Luz de redención, por la Condesa de Campoblanco.— El Falso espejo, poesía, por D.ª Elisa Casas.— En el álbum de doña Luisa Aguilar de Lora, poesía, por D. José Jackson Veyan.— Miscelánea doméstica, por Araceli.— Los Celos, por D. J. P. Sammartín y Aguirre.— Correspondencia particular, por D.ª Adela P.— Explicación del figurin iluminado.— Explicación de los dibujos para bordados contenidos en la Hoja-Suplemento.— Sueltos.— Jeroglífico.— Anuncios.

GRABADOS.— 1. Capota Manon.— 2 y 3. Trajes de máscaras para niñas y niños.— 4 y 5. Esclavina y manguito para niñas.— 6. Traje de visita para jóvenes.— 7 y 8. Vestido para niñas de 12 años.— 9. Abrigo de visita.— 10. Abrigo para niñas y niños de 2 á 3 años.— 11 y 12. Enagua y pantalón de franela.— 13. Camiseta interior de franela bordada.— 14. Peto y alzacuello de muselina y encaje.— 15 á 17. Trajes de teatro ó concierto.— 18 y 19. Mangas para vestidos de calle.— 20. Esclavina para niñas de 12 á 14 años.— 21 y 22. Dos salidas de baile y teatro.— 23. Abrigo largo de cheviota.— 24. Chaqueta de paño.— 25. Abrigo largo de paño inglés.— 26. Chaqueta á estilo de sastre.— 27. Abrigo para niñas de 5 á 6 años.— 28 y 29. Traje de visita para señoras.— 30. Abrigo de visita.— 31. Traje de ceremonia.

## REVISTA PARISIENSE.

### SUMARIO.

Telas de la estación.— Chaquetas y abrigos largos.— Un modelo original.— Los niños á lo ruso.— La blusa *monjick*.— Los adornos de pies.— *Monsieur l'Abbé*, comedia en tres actos representada en el Palais-Royal.— Trajes de las actrices.— Astronomía infantil.— Una lección de cortesía.— Carnicero y abogado.— Candidez de un camarero.— Reflexión de un borracho.— Por qué los niños deben pagar doble á la mesa redonda.

Después de las telas escocesas y de las telas lisas, las listadas, llamadas «pekin», vuelven á estar de moda. Lo que más se lleva no es el pekin con listas iguales, á lo menos como anchura. Hoy lo que se prefiere son los fondos negros con filetes muy espaciados de color, como el amarillo, el rosa antiguo, el color de malva y el azul sobre fondo negro, lo que da lugar á combinaciones preciosas.

Se ven también muchos terciopelos de canutillo, con listas muy estrechas de terciopelo negro sobre fondo de raso de color. Estas listas estrechas van muy juntas unas de otras, lo cual da á la tela una especie de reflejo de muy buen efecto.

Entre las telas de lana, se distingue lo que llaman el terciopelo *ruso*, y que es simplemente un tejido de lana fondo negro, con canutillos de relieve, también de lana; sólo que estos filetes salientes dan á la vista una impresión de aterciopelado que le ha valido el nombre de terciopelo. En cuanto á la Rusia, no tiene nada que ver en este asunto, á no ser la rabia moscovita que aqueja hoy á



I.—Capota Manon.

los franceses, y que les lleva á dar el nombre de ruso á todo lo que es nuevo.

Se lleva igualmente mucho terciopelo de color, y todos ó casi todos los vestidos de ceremonia van de terciopelo. Los colores rubí, anémona, dalia y tabaco turco son los preferidos. Pero la palma de la novedad se la lleva, como dije en una de mis anteriores, el terciopelo «espejo», un terciopelo tornasolado que tiene el tinte y los colores del ajenjo. Es una tela de suma elegancia, y he visto varios vestidos de ceremonia elegantísimos, hechos de esta tela.

Si bien llevándose los vestidos ajustados, de forma Princesa en su mayoría, con una guarnición en el borde inferior de la falda.

Para los trajes sencillos, se ha imaginado una guarnición que consiste en unas hileras de trenillas puestas en redondo en el borde de la falda, á 50 centímetros de altura, por lo menos. La idea es lo más simple y primitivo que puede imaginarse; pero el efecto no es menos lindo.

Las chaquetas continúan más de moda que nunca, y se las hace cada vez más largas. Con todo, los abrigos muy largos, que envuelven completamente el vestido, conservan sus cualidades de comodidad y distinción.

He aquí uno de estos abrigos (croquis núm. 1), de vigonia, de magnífica vigonia, gruesa como una piel de cordero. Un fleco estrecho va tejido en uno de los bordes de la tela, y forma el adorno. La forma del abrigo es la de una especie de levita, recta por delante y cerrada con una sola hilera de botones. Una tira ancha guarnecida de fleco compone la esclavina y se prolonga, figurando conchas, á lo largo de los delanteros. Esta forma es muy nueva y original. Por supuesto que el abrigo en cuestión no se halla destinado á un traje de visita; pero es sumamente cómodo para las salidas matinales, para viaje y para paseo en coche. Una tira de plumas va puesta por el interior del cuello y sube hasta las orejas.

Ya he dicho que las modas rusas están á la orden del día; excuso añadir que la blusa *monjick* es el uniforme de los niños. Suele hacerse esta blusa de terciopelo ó de paño, y se la acompaña de una gorra de fondo plano, como la gorra de los soldados rusos.

Figuraos un niño vestido de pantalones bulbados de paño azul marino, con blusa cruzada y guarnecida de una pasamanería negra estrecha á todo el alrededor. La faldita que acompaña á la blusa es de fayá azul, así

como el camisolín que se ve en lo alto de los delanteros, cerca del cuello. La gorra es de paño azul, con ribete de terciopelo. Respecto á las niñas, van enteramente envueltas en pieles, y sus pelizos, lo mismo que sus enormes capelinas, van guarnecidas de pieles.



Núm. 1.

Muchas personas se han resignado á cortar las anchas tiras de pieles que poseían para adornar con ellas vestidos y confecciones. Yo creo que tienen razón, pues es inútil guardar en el fondo de una caja tiras de pieles que no volverán á estar probablemente de moda durante muchos años, exponiéndolas á la polilla, cuando se las puede utilizar para convertir las en adornos muy elegantes y enteramente á la moda actual.

He qui la descripción de los trajes de las dos actrices que figuran en la comedia titulada *Monsieur l'Abbé*, que se estrenó la semana pasada en el Palais Royal.

**Acto primero.**—Mme. Celina Chaumont. Vestido de ceremonia, de raso color de esclava, con esclavina corta de encaje de Chantilly bordado de oro. Mangas cortas, con galón dorado y volante de encaje. Dos rizados estrechos de raso y un galón por encima terminan la falda (croquis núm. 2).

Mlle. Yahné. Vestido de raso blanco para desposada. El cuerpo va guarnecido de tirantes de raso y bullonada de encaje. Mangas largas con hombreras de encaje. Ramo de flores de azahar en la cintura y en el cuello (croquis núm. 3).

Mlle. Yahné. Vestido de viaje de paño listado negro y azul. Cuerpo montado con pliegues anchos en sentido diagonal, en torno de un canesú de raso azul cubierto de una red de felpilla negra. Mangas á la italiana con puños altos iguales al canesú. Birrete de terciopelo azul, con media luna y barreta de azabache (croquis núm. 4).

Mme. Chaumont. Abrigo de viaje, de seda tornasolada, con pliegue Watteau y galones de pasamanería de seda y oro formando los delanteros. Este galón pasa alrededor de la cintura, bajo el pliegue, y va á terminar en dos golpes de pasamanería por delante. Manga á la italiana con puño liso. Sombrero de terciopelo encarnado, con adornos de plumas, y bridas de cinta ancha encarnada (croquis núm. 5).

**Acto segundo.**—Mlle. Yahné. *Deshabillé* de raso gris «platina», abierto sobre una falda y una cola larga de piel de seda blanca. Un volante doble de encaje forma cuello y termina en la cintura bajo una abrazadera de cinta de raso blanco. Rizado de piel de seda en el borde de la falda y volante de encaje. Manga ancha estrechada en el codo con un volante de encaje (croquis núm. 6).

**Acto tercero.**—Mme. Chaumont. Traje de velo gris, con cuerpo coraza bordado de acero. Esclavina corta de la misma tela, montada en torno de un canesú fruncido. Los delanteros de la esclavina caen hasta el borde de la falda, y van plegados en pliegues estrechos. Sombrero negro con coronas de rosas, y bridas de raso amarillo indio (croquis núm. 7).

Mlle. Yahné. Vestido de recibir de pekin Luis XVI, color de rosa y verde. Cuello vuelto y aldetas de encaje, con rosácea de cinta de terciopelo color de «difumino». Manga corta con puño de guipur y brazaletes de terciopelo en la sangría del brazo (croquis núm. 8).

Núm. 3.



Núm. 2.

En la escuela de primeras letras:  
—Julito, ¿quiere usted decirnos qué cosa es el cielo?  
—El cielo.... es el techo de la tierra.

Un carnicero entra en el despacho de un abogado célebre.

—Señor abogado, cuando un perro ocasiona un perjuicio, ¿el dueño del animal es responsable?

—Sin duda alguna.

—En tal caso, como su perro ocasiona un perjuicio, ¿me debe usted diez francos.

—Nada más justo—replica el abogado;—precisamente es el precio de la consulta que acabo de otorgarle.

En la fonda:

—Mozo, déme usted un lenguado frito, y que sea tan fresco como el que me sirvió anteaer.

**El mozo.**—Quedará usted satisfecho; tenemos aún los mismos del otro día.

Reflexión de un borracho:

—La Naturaleza tiene horror al vacío; yo, por el contrario, cuando veo una botella, tengo horror al lleno.

En el espejo de un hotel del Mediodía se lee, el siguiente letrero: «En la mesa redonda los niños pagan doble....»

—¿Y por qué?—pregunta un viajero.

—Porque los niños ahuyentan las personas mayores—responde el fondista.

Paris, 8 de Enero de 1892.

V. DE CASTELFIDO.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Capota Manon.—Núm. 1.

Esta capota es de paño beige bordado de lentejuelas de varios colores, con fondo flexible y borde que forma tres encañonados forrados de terciopelo mordorado. Por encima, varias plumas del mismo color atadas con una cinta que estrecha el fondo. Bridas de la misma cinta de raso mordorado.

Trajes de máscaras para niñas y niños. (Época de la Restauración: 1815.)—Núms. 2 y 3.

Núm. 2. Traje para niñas de 11 á 13 años.—Falda de seda tornasolada color de rosa, adornada con volantes de en-



Núm. 4.



Núms. 6 y 7.

Núm. 3. Traje para niños de 13 á 14 años.—Calzón corto de raso azul. Liga y lazo flotante de cinta. Frac de raso color de pulga, abierto sobre un chaleco de seda brochada de florecillas, cerrado bajo una chorrera de encaje. Manga abrochada, con volante de encaje en el borde inferior.—Sombrero de copa alta de seda gris. Medias de seda y zapatos de charol. Guantes de seda.

Núm. 8

Esclavina y manguito para niñas.—Núms. 4 y 5.

La esclavina y el manguito son de piel de Mongolia blanca. La primera va cerrada con una cinta que queda flotante, y el segundo lleva también un lazo de la misma cinta y una cinta larga, que sirve para colgarlo del cuello.

Traje de visita para jóvenes.—Núm. 6.

Vestido de terciopelo de lana color de cobre. Falda redonda, guarnecida de astrakán y pasamanería negra por encima. Corpiño redondo remetido en el cinturón y recortado en forma de corseillo sobre un camisolín de *surah* fruncido en el escote bajo una tira de astrakán. El corseillo va guarnecido de astrakán sólo por delante. La espalda va guarnecida de pasamanería. Cinturón redondo anudado en el lado izquierdo con una cinta de terciopelo negro. Manga de *surah* muy ancha y ajaretada en el puño. Casaca de la misma tela del vestido, muy ajustada en la espalda, flotante por delante y adornada de astrakán. Manga recta, que cae sobre un puño alto, guarnecido de astrakán y pasamanería.—Toque de terciopelo negro ribeteado de astrakán y de unas plumas del color del vestido.

Vestido para niñas de 12 años.—Núms. 7 y 8.

Se hace este vestido de paño gris, y se le guarnece de terciopelo negro. Se compone de una falda y un corpiño con aldetas añadidas de terciopelo, abiertas en medio del delantero y de la espalda. Espalda plegada en medio y cerrada entre los pliegues. Delantero de una sola pieza, estrechado en la cintura con un grupo de pliegues, y canesú redondo de terciopelo. Cinturón de cinta fijado á cada lado de la espalda con un lazo flotante de cinta. Un tirante de terciopelo sale del hombro derecho y se sujeta con una hebilla en el cinturón. Cuello alto de terciopelo. Manga bullonada con puño de terciopelo.

Tela necesaria: un metro 75 centímetros de terciopelo.

Abrigo de visita.—Núm. 9.

Es de terciopelo azul, y va guarnecido de azabache sobre tul bordado, encaje negro y ramos de plumas azules. Cuerpo de chaqueta sin mangas, y manga larga y ancha formando capa, la cual pasa en redondo sobre los hombros, se abre en la espalda, y se cubre por delante de tul bordado de azabache. Aldeta de la espalda abierta en medio y guarnecida de un volante de encaje. Un volante igual ribetea el borde inferior. Delantero de chaqueta adornado con una guarnición



2 y 3.—Trajes de máscaras para niñas y niños. (Época de la Restauración: 1815.)



4 y 5.—Esclavina y manguito para niñas.



6.—Traje de visita para jóvenes.



7 y 8.—Vestido para niñas de 12 años.  
Espalda y delantero.



9.—Ab:igo de visita.

sonchas dobles y con un galoncito de tul bordado alto y abierto, guarnecido del mismo modo. Versana listada, guarnecido de terciopelo.—Capota de elo bon borde de plumas y un penacho de las mismas as.

Tela necesaria: 5 metros de terciopelo.

#### Abrijo para niñas y niños de 2 á 3 años.—Núm. 10.

Este abrijo es de paño azul antiguo. Su forma es ancha y fruncida en el escote bajo dos esclavinas fruncidas y bordadas en el borde. Cuello fruncido. Manga recta bordada en el borde y estrechada por debajo con varios fruncidos. Cinturón de piel amarilla.

#### Enagua y pantalón de franela.—Núms. 11 y 12.

Los bordes van festoneados y bordados á la mano. El pantalón se abre en el costado bajo un lazo de cinta.

#### Camiseta interior de franela bordada.—Núm. 13.

Esta camiseta es completamente ajustada, con pinzas y un ladito. Escote y borde de mangas bordados.

#### Peto y alzacuello de muselina y encaje.—Núm. 14.

El alzacuello es de encaje de Irlanda, y cae sobre un peto de muselina de seda.

#### Trajes de teatro ó concierto.—Núms. 15 á 17.

Núm. 15. *Vestido de crespón de la China*, guarnecido de cinta del mismo color. Falda adornada con tres volantitos, y corpiño terminado en un bullonado grueso formando aldetas. Espalda de una sola pieza, con vuelo estrechado por medio de una serie de pliegues, y delantero formando tres bandas plegadas, sujetas en medio con lazos de cinta. Lados de delante. Escotadura en forma de V. El forro del corpiño se compone de espalda ceñida, lados de delante y delanteros con pinzas. Manga plegada sobre un forro de manga plana. Bandeleta de cinta en los cabellos.

Tela necesaria: 22 metros de crespón de la China.

Núm. 16. *Vestido de tafetán listado azul de Francia*, guarnecido de guipur negra. Falda ancho borde inferior va guarnecido de pliegues, y cuerpo ancho, con espalda y delanteros rectos, que van sujetos en la cintura por medio de fruncidos. La parte inferior del cuerpo va doblada para formar una aldetá bullonada. Cierre invisible en la izquierda, bajo el brazo. Manga recta, ajaretada para formar dos bullonados, que caen sobre un puño alto y ajustado de guipur. Esclavina de guipur, compuesta de un canesú con cuello alto y un volante fruncido y añadido en el borde del canesú.

Tela necesaria: 18 metros de seda.

Núm. 17. *Vestido de seda tornasolada* color de rosa y verde, rayada de negro. Va adornado con guipur blanca, cinta y muselina chiffon de color igual. Falda guarnecida de dos entredosos de guipur, y cuerpo con espalda de una sola pieza, estrechada en la cintura con una serie de pliegues. Delanteros plegados en forma de fichú, cerrados en medio del delantero y estrechados en la cintura con una cinta doble que figura un cinturón suizo por delante. Forro ajustado con pinzas. Manga ceñida al sesgo, con bullonado en lo alto. La parte inferior va abrochada. Cuello alto de cinta blanca, y alzacuello de muselina chiffon rodeado de guipur.

Tela necesaria: 16 metros de seda, y 40 centímetros de muselina.

#### Mangas para vestidos de calle.—Núms. 18 y 19.

Núm. 18. Es de paño color masilla; es ancha por arriba, y va dispuesta en pliegues por abajo, sobre una manga inferior sumamente ajustada. Adornos de galón.

Núm. 19. Se hace esta manga de paño azul marino. Va plegada en los lados y abierta sobre una manga de *surah* escocés, azul y encarnado. La parte inferior se abre igualmente formando cartera, y se abrocha por encima.

#### Esclavina para niñas de 12 á 14 años.—Núm. 20.

Este abrijo de ceremonia es de seda bordada, y va guarnecido de una capucha y adornado con un fleco de seda.

#### Dos salidas de baile y teatro.—Núms. 21 y 22.

Núm. 21. Es de terciopelo labrado azul celeste, con lunarcitos y terciopelo liso azul obscuro. El cuerpo es de terciopelo de lunares, y las mangas de terciopelo liso. Los adornos consisten en unas agujetas de pasamanería y unas tiras de piel blanca que rodean el abrijo.

Núm. 22. Está elegantísima salida de baile es de terciopelo color de maíz, con flores de relieve color de maíz y morado tornasoladas. Todo el abrijo va rodeado de piel de cordero blanco.

#### Abrijo largo de cheviota.—Núm. 23.

Este abrijo es de cheviota negra, y va adornado con un cuello de piel ó de plumas.

#### Chaqueta de paño.—Núm. 24.

Esta chaqueta, estilo de sastre, es de diagonal verde seda, y va respunteada á todo el rededor.

#### Abrijo largo de paño inglés.—Núm. 25.

Es de paño inglés color gris pizarra. Su forma es la de una capa muy larga, fruncida en los hombros y guarnecida de un canesú y un cuello abarquillado. Un galón de lana ribetea el abrijo.

#### Chaqueta á estilo de sastre.—Núm. 26.

Esta chaqueta, para traje de calle, es de paño gris obscuro, afelpado por el revés y sin forro. La aldetá de detrás se abre en medio bajo una cartera. Los delanteros cruzan, y van ajustados con una pinza. Bolsillos en los lados. Cuello doblado. Manga de codo, con pespunte que figuran una cartera. Pespunte igual en el contorno de la chaqueta.

#### Abrijo para niñas de 5 á 6 años.—Núm. 27.

Se hace este abrijo de terciopelo color granate. Un solo ladito ciñe la espalda; los delanteros son rectos. Cinturón de gro granate, con hebilla de acero. Dos esclavinas cortas y

fruncidas van adornadas, así como los contornos del abrijo, con ribete de plumas. Manga recta y puño ribeteado de plumas. Las carteras de los bolsillos van ribeteadas del mismo modo.

#### Traje de visita para señoras.—Núms. 28 y 29.

Es de terciopelo negro. Su forma es la de un vestido Princesa muy ajustado y plegado en medio con pliegues echados. Los delanteros se abrochan con corchetes bajo una escala de correas bordadas, que van unidas á un galón también bordado. Unas correas bordadas forman aldetas en los lados. Cuello bordado. Manga recta, caída sobre un puño alto, guarnecido de galón bordado.—Capota de terciopelo, adornada con lazos de cinta de terciopelo color crema y alas de pájaro.

#### Abrijo de visita.—Núm. 30.

Se compone de una espalda recta de terciopelo negro, que forma en el centro una especie de pliegue Watteau plegado en el escote. Delanteros de paletó ancho, de paño verduo, cerrados en medio, con manga-esclavina del mismo paño, que llega por cada lado hasta el centro de terciopelo, se frunce en el escote, y cae por los lados en punta de peplo. Cuello alto y abierto, de paño, con centro de detrás de terciopelo y ribete de plumas. Bordado en el delantero del cuello y el borde inferior de las mangas y de los delanteros.—Capota de terciopelo color de paja, con penacho de azabache.

Tela necesaria: 3 metros 25 centímetros de terciopelo, y 4 metros 50 centímetros de paño.

#### Traje de ceremonia.—Núm. 31.

Vestido de seda color de moño y seda del mismo color con listas blancas. Adornos de plumas negras y pasamanería negra laminada de oro. Falda-funda ribeteada de plumas, y delantal estrecho de seda listada con un delantero de corpiño de la misma tela, escotado y plegado en el pecho. Sobre el delantero, cinturón-corsellito de pasamanería con fleco. Un fleco igual termina el delantal de seda. Cuello alto y puños ajustados con un ribete de plumas. Corpiño en puntas, compuesto de espalda y lados de espalda, lados de delante y delantero de una sola pieza con pinzas. Forro del delantero cerrado en medio. Cierre invisible en el vestido.—Capota de terciopelo blanco bordada de oro con adornos de plumas negras.

Tela necesaria: 13 metros de seda lisa, y 2 metros de seda listada.

## CARMEN SOREL.

(EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.)

Conclusión.



LEGABA, en efecto, aceleradamente una muchacha de diez y ocho años, encendido el rostro, y el cabello un poco desordenado, pero con un aire humilde y tranquilo, que contrastaba con la agitación de su padre: el gran delantal que la cubría estaba lleno de manchas de sangre.

—Hete ya aquí, hija desnaturalizada, hija maldita—vociferó Sorel, cuya desesperación le hacía olvidarse de los jefes que presenciaban esta escena;—contempla el fruto de tu infame conducta. ¿Te atreverás á sobrevivir á tal afrenta? ¿Te atreverás á volverme á llamar padre?

Carlistas y republicanos reían de corazón al ver la cómica furia del pobre cabo, que señalaba los maldichados manjares con un gesto verdaderamente trágico.

—¿Te hallas delante de tus jueces, habla por fin!—volvió á decir Andrés, viendo que su hija permanecía callada y sin parecer asustarse de su cólera.

—Vaya, Carmen—añadió el General con dulzura—¿qué ha pasado, para que, siendo la exactitud misma, faltes á tu deber en tal ocasión?

Román, que había entrado en la tienda tras de Carmen, daba vueltas al ros entre sus manos, y murmuró antes que ella contestara:

—Mi General, yo he sido el primer culpable.

—¿Tú!—gritó de nuevo el cabo—te prometí hacerte comer la ordenanza militar, para que no la olvides.

—Mi General—prosiguió el soldado, dirigiéndose á su jefe, y sin hacer caso de la interrupción de Sorel—he aquí lo que ha sucedido. Cuando esta mañana empezó la cantinera á preparar vuestra comida, queriendo hacerla más sabrosa, me dijo: «Román, ¿no pudieras ir por las cercanías y buscar algunas legumbres?—Con mucho gusto», le respondí, y marché en seguida. Al cabo de un rato volví con el poco que pude hallar. «Carmen, le dije, bueno es el oficio de militar, pero tiene sus quebras, y no es la menor la pena que me ha causado ver ahí cerca, en el fondo de una zanja, dos carlistas heridos, que deben padecer como condenados; de seguro se hallan en aquel sitio desde la acción de ayer; no han sido vistos de sus compañeros, y van á morir abandonados como perros: te aseguro que su estado causaría piedad al más indiferente.—¿Pero se hallan solos? me preguntó.—Y tan solos; además, el sol debe abrasarles; así, gimen de una manera que parte el corazón oírlos.—Román, dijo entonces Carmen, quedate aquí un momento; es temprano, y tengo tiempo de ir y volver, á ver si puedo aliviar en algo á esos infelices; no debes apagar el fuego.» Y se alejó corriendo por el lado que yo le indiqué. Pero transcurrió buen rato y no parecía; tocaron á rancho, y creyendo de buena fe que la cantinera no podía tardar, eché bastante leña, puse el asado cerquita y me fui á comer.

—Luego has abandonado tu puesto, y delante del fuego por añadidura!

—El fuego de la cocina, mi General; preguntad al cabo Sorel si me ha visto huir delante del que enciende el enemigo.

—Pero hasta ahora no has dicho el resultado de la deserción de Carmen.

—Eso me toca á mí—repuso con modestia la graciosa joven;—y empiezo rogando que me perdonéis, pues me he pasado al enemigo.

—¿Desdichada!—gritó Andrés furioso.

—No me condenéis sin oírme—balbuceó humildemente;—cuando llegué á donde me había indicado Román, vi dos hombres tendidos en tierra y bañados en la sangre que fluía de sus grandes heridas; uno de ellos, que debía ser oficial, era joven; el de más edad llevaba traje de paisano; parecían sufrir mucho, sobre todo el joven, á quien la sangre cuajada le cubría todo el rostro amenazando asfixiarle; corrí á un arroyo que atravesé para ir, mojé mi delantal y volví á lavar la herida, consiguiendo así facilitarle la respiración y el uso de sus moribundos ojos; limpié como pude las inflamadas heridas de los dos desgraciados, y esto les alivió un poco.... no creía hacer mal.... aun cuando fuesen carlistas.

—No, hija mía—repuso conmovido el jefe republicano;—un herido no es enemigo nunca.

—Pero lo que yo hice no bastaba—continuó la cantinera animada por la bondad del General;—tenían necesidad de cuidados más inteligentes, y se me ocurrió venir á nuestro campamento por un cirujano; dije á los heridos que volvía, y corrí á las ambulancias. ¡Ay! después de un combate como el de ayer, todos estaban ocupados, y no era fácil encontrar uno ocioso; sin embargo, á fuerza de buscar, hallé un practicante que podía disponer de algunos momentos, y consistió en acompañarme.

Cuando vió á los heridos hizo un gesto, no sé si porque eran enemigos ó porque no esperaba gran cosa de los auxilios que iba á prestarles. Con esto, como llevaba su bolsa de operar, empezó á curarles; pero era preciso ayudarle á sostener los pacientes, después no tenía bastantes vendas, y las hicimos con su pañuelo y el mío: todo esto llevaba tiempo, pero ¿cómo alejarme? Por último, era imposible dejar á aquellos infelices en la zanja que estaban, sufriendo el calor sofocante del sol pero como había cerca un cobertizo abandonado y en él alguna paja, formamos con ella un buen lecho, al cual transportamos nuestros heridos, que sintieron grandísimo descanso.

—¡Gracias, gracias mil veces, hija mía!—exclamó el General carlista, levantándose para saludar respetuosamente á la humilde cantinera;—en nombre de todo el ejército Real, recibe la expresión de nuestra sincera gratitud.

—Ya veis, señores—añadió el General—que hay algo bueno entre los republicanos.

—Nunca hemos dudado de ello; os lo afirmo bajo mi palabra.

—¿Y es esto lo que llamas pasarte al enemigo, mi estimada cocinera?

—No, señor—repuso Carmen;—porque si entonces me hubiera vuelto, aun habría llegado á tiempo de que no se notase mi ausencia; pero cuando iba á alejarme, los heridos me hicieron señas de que me aproximase, y el más joven me dijo con una voz tan débil, que para oírle tuve que ponerme de rodillas á su lado. «Hija mía, habéis tenido la bondad de traernos al médico del cuerpo para calmar nuestro padecer, y os estamos sumamente reconocidos; pero ¿cuánto más tendríamos que agradecerles, si pudierais hacer llegar hasta nosotros al médico del alma, aquel cuyas palabras y oraciones han de darme fuerzas para morir con resignación!—¿Queréis que vaya por nuestro capellán?—le preguntó al instante.—Mucho más estimaría si quisierais ir á nuestro campamento y preguntar por el P. Rector de V....; es el que desearía tener á mi lado en el trance que proveo. El practicante acaba de decirme que se ha publicado un armisticio; así no es difícil llegar á vuestras avanzadas y exponer el objeto de vuestra misión.» Y como yo vacilaba continuó: «Hija mía, os lo ruego en nombre de vuestra madre, si tenéis la dicha de poseerla; en memoria suya, si por desgracia la habéis perdido; no nos rehúséis lo que anhelamos; que gracias á vos, mi pobre madre, que tanto va á llorar cuando sepa que no volverá á verme, pueda tener el consuelo de que he muerto como cristiano; ¡Ella os bendecirá!»

«Su voz era tan suplicante, los ojos de su compañero, á quien una herida impedía hablar, parecían implorarme con tal fervor! Además me habían pedido por mi buena madre, á quien lloro siempre y por la que ruego á Dios todos los días: era su recuerdo que me es tan querido el que invocaban.... no pude resistir, y marché con cuanta ligereza me fué posible.

Franqué rápidamente la distancia, llegué á las trincheras, expliqué á lo que iba, y uno de los soldados se ofreció á guiarme; empezamos á buscar al Rector, pero no parecía.... todos los sacerdotes estaban tan ocupados como los cirujanos, y anduvimos largo tiempo sin encontrarle: en fin, después de muchos trabajos, lo hallamos, y habiéndole dicho de qué se trataba, consintió en seguirme; cuando le vieron decidido á marchar, muchos le dijeron: «Tened cuidado, padre, no os fiéis demasiado de los republicanos.—Me fio de Dios y de ellos, que son también mis hijos, repuso el santo anciano; vamos pues.»

Por desgracia su edad no le permitía recorrer tan de prisa como yo las veredas difíciles, y el trayecto duró mucho; al fin encontramos el cobertizo, y con la llegada del sacerdote los dos heridos recobraron valor. Al ver al Rector arrojarse junto á ellos, me arrojé también y recé á la par suya. Después el oficial me preguntó mi nombre. «Carmen Sorel, le respondí, cantinera del Regimiento Infantería.... núm....» «¡Que Dios os bendiga por todo el bien que nos habéis hecho! exclamó fervorosamente.» En fin, me alejé....; por el camino comprendí la enormidad de mi falta, y vengo, General, á pedirlos perdón.

Todo el mundo lloraba; hasta el viejo cabo, cuya cólera había desaparecido.

—¿Tu falta, hija mía!—dijo el jefe republicano hondamente conmovido.—Plegue á Dios que cuantas cometas en tu vida sean como la de hoy! Acabas de prestar á la República un importante servicio, haciéndola amar, cuando nosotros sólo sabemos hacerla temer. Estoy seguro de que tu dulce y bienhechora acción nos traerá más corazones que enemigos han rendido nuestras armas. Tú has logrado la más

noble de las victorias: en nombre de la República te doy gracias.

Hacia falta ver la cara de Andrés Sorel: miraba á su hija, miraba á los generales..... miraba el asado hecho carbón..... reía..... lloraba..... quería hablar y le era imposible; no sabía dónde se hallaba, y si no hubiera sido por el temblor nervioso que sacudía sus miembros, se le habría podido tomar por una estatua.

—Cabo Sorel—le dijo el General gravemente—devuélveme tus galones; bien..... Ahora, sargento Sorel, abraza á tu hija.

—¿Qué?..... ¿cómo?..... Señor, ¿es posible? ¡Ah, Dios mío!

—Te mando que abraces á tu hija y estés orgulloso de ser su padre..... Da inmediatamente las órdenes necesarias para que esos dos heridos sean trasladados á su campamento ó al nuestro, según deseen, para que se les atienda en cuanto necesiten. Al fin, señores, nuestra ilusoria comida ha tenido un postre Real.

—En lo posible, está ya reparada mi falta—dijo entonces sonriendo la cantinera;—antes de venir puse á asar dos corderos que la Providencia tuvo á bien darme, y puedo ofrecerles además una marmita llena de excelente sopa: dentro de un momento la comida estará á punto.

—¡A las mil maravillas!—exclamó el General;—decídmeme tienes suerte hoy en todo.

Vicémos entonces aparecer algunos soldados que traían el banquete prometido; cubrióse la mesa, y á la dieta de antes sucedió la abundancia.

—General—dijo el jefe carlista;—¿permítasme esta digna muchacha, que debe hallarse fatigadísima, se siente en la mesa entre nosotros dos?

—No me atreva á proponerlo, señor; pero lo desea vivamente: ven, Carmen, y sé colocarte entre los dos campamentos, como la dulce paloma que ha traído hoy el primer ramo de oliva.

—¡Viva él..... viva la..... viva todo el mundo!—gritó con entusiasmo el sargento Sorel, al ver sentada á su hija entre ambos generales.

.....  
Cuando la Restauración devolvió á España la tranquilidad y se esparcieron por doquiera auras de paz y de alegría, Carmen Sorel, buscada por la familia del joven oficial á quien había salvado, y acogida cariñosamente, á pesar de su condición humilde, obtuvo la más noble y dulce recompensa que podía otorgarse á su caritativa acción, siendo la esposa de aquel, cuyo amor por ella nació al ver arrollada junto al que juzgaba su lecho de agonía.

En un delicioso valle escondido entre las montañas de Azpeitia vive hoy el feliz matrimonio; y el sargento Sorel, para no perder la costumbre, enseña el ejercicio á dos nietezuelos, á quienes mimaba demasiado para considerarlos reclutas.

ABEL HERMIL.

CARTAS Á UNA MADRE.

XVII.

**T**us hijas crecen, querida Luisa, y van cumpliendo todas las promesas de bondad y de belleza que te hacían en su infancia. Ambas tienen amor al trabajo, ambas son inteligentes, y profesan cariño profundo á su madre y al que reemplaza para ellas al padre que perdieron en la cuna; pero ambas, á pesar de sus buenas cualidades, te hacen sufrir: Laura, por lo vivo y algo despótico de su carácter; Blanca, por lo frialdad que puede confundirse con un poco de egoísmo.

¿Has creído alguna vez en la perfección humana, querida mía, y has esperado además que tus hijas la poseyeran? Si es así, tu claro entendimiento se ha oscurecido, y no te ha dejado conocer que toda criatura mortal tiene las cualidades de sus defectos, y viceversa: no por ser hijas tuyas han de estar Laura y Blanca exentas de la ley común; y no porque tú conozcas las debilidades de su carácter, y hasta las de su corazón, te has de afligir y desesperar, como te sucede en cuantas contrariedades te ofrece la vida.

Los padres, y las madres sobre todo, tienen que aceptar á sus hijas con amor y alegría, tal como Dios se las da. Dices que amas cada día menos á tus hijas, á causa de lo que te mortifican sus defectos. Esto no es cierto, ni puedo creerlo. ¿Las amarías menos porque estuviesen afligidas por un defecto físico? Si la una hubiera nacido sin vista, y la otra con un pie de menos, ¿les negarías tu interés, tu ternura, tus cuidados? Te conozco bien, y no lo creo: resignate, pues, á la cojera moral, á la falta de vista de las pobres niñas, y cree que esas dolencias pueden curarlas tú, mejor que el médico más famoso de sus dolencias físicas.

Al lado de los cargos de culpas que haces á tus hijas, veo una enumeración prolija y complaciente de las perfecciones de su hermano. ¿La preferencia maternal, querida Luisa, siempre la preferencia ciega é injusta de la madre para el varón! La preferencia que ciega á unos y subleva á otros, y envanece y malea al preferido! Fernando tendrá también defectos más graves que sus hermanas, como defectos varoniles: pero su madre no los ve ó no quiere verlos.

Nace también tu irritabilidad de la falta de un criterio religioso, elevado y sencillo á la vez, que no es el que tú posees. Mi querida Luisa, el rezar cada día una cantidad fija y rutinaria con distracción y frialdad, no es lo que nos trae el valor y la resignación para las luchas diarias, para el martirio sortío, incansante de la vida, para la cruz, en una palabra, que sólo la ayuda de Dios nos hace soportar con resignación, y á veces hasta con alegría: porque las penas de aquí prueban que nuestro Padre celestial quiere llevarnos á su lado. No des á Dios muchas palabras, sino muchas obras; y para eso piensa en que en el residen la verdad, la paz, el amor, la esperanza, los solos bienes, en fin, que pueden hacer la vida serena, y prestar á la muerte misma ese encanto

que las almas buenas, amantes y humildes han conocido al dejar su cárcel terrenal.

«El que conoce mis mandamientos y los observa, ése me ama», ha dicho Jesucristo. Ve aquí, Luisa, la regla entera del amor y de la perfección. Aplicar á conocer estos mandamientos toda tu inteligencia, penetrarlos y comprender todo su divino espíritu: ésa es la verdadera devoción. En cada minuto del día hay ocasiones de ejercer la paciencia, la dulzura, la humildad, el olvido de las injurias, la caridad para el prójimo en obras y en palabras. No mires, pues, á tus hijas más que como á tu prójimo, y ten paciencia para sus defectos, corrigiéndolos con blandura, y ofreciéndoles el ejemplo de las virtudes opuestas á aquellos: penetráte del verdadero espíritu de religión que debe guiar todas tus acciones, y hazle penetrar también en esos tiernos é inocentes corazones. La benevolencia, el perdón, el amor al trabajo, y hasta las cualidades sociales más graciosas, la cortesía, la amabilidad, todo lo bueno tiene su apoyo en una fe religiosa ilustrada, y lejos del fanatismo y de la vulgaridad. Y si poco á poco y dulcemente vas enseñando á tus hijas á que piensen en lo que prometen á Dios cuando oran, á que le conozcan y le amen, no necesitarás emplear reconvenciones duras para hacer desaparecer sus defectos: la luz se irá haciendo en su alma, y se corregirán poco á poco y sin sentirlo.

Hay que tener especial cuidado en emplear, para mejorar el carácter y los sentimientos de las jóvenes, los medios que les son más adecuados; lo que puede corregir á Blanca, cuyo carácter es suave, será muy fácil que exaspere á Laura, más apasionada y más viva; pero, por regla general, el rigor, la cólera, las palabras duras, son contraproducentes en todos los temperamentos. Que tus hijas se convengan plenamente de dos cosas: de que tu amor por ellas es inmenso, inmutable, y de que eres irreprensible; que no vean en tí los defectos que tratas de corregirles. Que compare Blanca á su egoísmo tus cuidados, á su frialdad las constantes manifestaciones de tu afecto é interés. Que Laura vea como contraste á la viveza de su carácter, tu moderación y tu paciencia, diciéndoles cada vez que la ocasión lo permita, y sin afectaciones de sermón, que sólo de Dios podemos obtener la fuerza para ser buenas, y que sólo siéndolo nos acercamos á él.

Y en lugar de decirme que vas amando menos á tus hijas porque te ocasionan algún disgusto, dime que amas á esas pobres enfermarías del alma en razón de sus dolencias, y que esperas curarlas con la dulce influencia de tu amor.

Continuaremos este difícil asunto en mi carta próxima, y por despedida en ésta recibe un cariñoso abrazo.

MARÍA DEL PILAR SINUEL.

LUZ DE REDENCIÓN.

NOVELA.

I.

**A** cierta distancia de Madrid, en una población que llamaremos Florpolis (porque, viviendo aún los personajes de esta verdadera historia, no puedo revelar su verdadero nombre), hay una casucha antigua, casi ruinosas, de fea apariencia, y cuyos sólidos cimientos, que tal vez fueron construidos en la época de los moros, están asentados en la margen derecha de un famoso río, y sirven de limite, por otra parte, á vastos jardines.

Hace una decena de años que habitaba en aquella casa un hombre de edad avanzada, sólo con su criada, tan vieja como él; nadie le visitaba; algunas veces se le veía asomado á una ventana, como si quisiera sacar á la luz del sol su rostro arrugado, sus cabellos grises y emmarañados, y su gorro de terciopelo deslucido y mugriento; los jóvenes que en los hermosos días de primavera y verano bogaban en ligero esquife por las sosegadas aguas del río, solían verle en el solitario jardín, sentado á la sombra de los árboles ó de las parras que ceñían los resquebrajados muros de la casa.

Pero nunca se le había visto en las calles de la población, ni siquiera para ir á misa, y su anciana criada, tan misteriosa como él, salía muy temprano á hacer la compra, y recibía con tenaz silencio las intencionadas preguntas que la dirigían los tenderos y las curiosas comadres.

Cuando aquel hombre compró la casucha, desahogada muchos años antes, excitó el más vivo interés en el barrio; luego, calmada la curiosidad de los vecinos, sin duda porque éstos se ocuparon en sus propios asuntos con preferencia á los sufrimientos problemáticos del hombre del gorro de terciopelo, hablaban de éste compasivamente, y designaban su vieja morada con esta frase breve y sinistra: la Casa del loco.

«Era pobre ó rico? Pero ¿quién lo sabía? Plantébase este dilema: ó es pobre, ó es avaro, porque gasta poco para él, y no gasta nada para el prójimo; ¡nada!; ni una limosna en Navidad ó en Semana Santa!»

Y, sin embargo, tres ó cuatro veces en cada año paríbase ante la puerta de la Casa del loco un camión del camino de hierro, mientras el conductor renegaba de las angostas callejuelas y accidentado pavimento de Florpolis; mas estos hechos también sirvieron para excitar la curiosidad de las comadres, cuando se supo que aquel vehículo traía libros, cajas de productos químicos, instrumentos de Física y otros objetos semejanter, que eran como letra muerta para las gentes indoctas del barrio.

En resumen: una muralla, tal vez una muralla de insano orgullo, ó de odio, ó de inmensa amargura, aislábase de todo lo que constituye la vida social, y aun la vida humana.

Desde que aquel hombre habitaba en la Casa del loco, el cartero le había llevado numerosas cartas; pero ¿cosa extraña! sólo recibía el anciano un certificado que llegaba una

vez al año, en día fijo, y rechazaba todos los otros pliegos. ¿Cuán grande no fué la sorpresa de las gentes del barrio al ver una mañana que el modesto funcionario de la administración de correos en Florpolis se acercaba á la Casa del loco, alzaba el pesado aldabón y daba un golpe seco en la cerrada puerta?

Entreabrióse ésta pocos instantes después, apareciendo en la obscuridad del portal la silueta antipática de la criada.

—Un certificado para.....—dijo el cartero.

—El señor me ha prohibido recibir cartas—respondió la vieja, interrumpiendo.

—Pues tendrá que recibir ésta—replicó el cartero—y dame recibo, porque repito que es un certificado.

Y mostró á la criada un anecho sobre, con varios sellos de lacre negro y de lacre rojo.

La mujer titubeó algunos instantes, y luego, dejando entornada la puerta, desapareció en el interior de la casa; mas poco después llegó el hombre del gorro de terciopelo, y dijo con brusco acento al cartero:

—Rehusó esa carta.

—Perfectamente, caballero—contestó el funcionario;—pero tenga usted la bondad de escribir en el sobre: *No quiero recibirle*, y firmar.....

Y así se hizo.

Y luego la puerta se cerró, no sin que el misterioso anciano dirigiera una mirada de enojo, acompañada de diabólico fruncimiento de cejas, á las curiosas vecinas que se habían agrupado detrás del cartero y presenciaban con la boca abierta aquella inusitada escena.

II.

Pasaron algunas semanas.

El anciano, envuelto en ancha hopalanda gris, y sentado cerca de la chimenea de su gabinete, estudiaba á la luz de una lámpara en un libro de química; y en dos ó tres mesas, en viejos estantes, en las oscuras paredes, resaltaban enormes libros de pergamino, retortas, crisoles, locales de diversas y extrañas formas, iluminados por los cárdenos fulgores de la llama de la chimenea y de la luz de la lámpara.

De repente se oyó el ruido de un coche que rodaba por la angosta callejuela, y el anciano levantó la cabeza, y escuchó: el carruaje paraba delante de la Casa del loco.

Casi al punto el aldabón de la puerta dió recio golpe, y luego otro más recio; y en seguida una voz juvenil y bien timbrada gritó en la calle:

—¡Abra usted, vive Dios, que está nevando!

El anciano cerró el libro, levantóse, abrió la ventana del gabinete, por la cual entró una ráfaga de viento helado, y oprimiendo cuidadosamente con sus descarnadas manos la hopalanda sobre el pecho, preguntó de mal humor:

—¿Quién llama?..... Por fuerza se ha equivocado usted.....

Yo no espero visitas.....

—¿Es usted D. Dámaso Roca?

—Sí, señor. ¿Qué le importa á usted?

—Me importa, caballero—contestó el recién llegado.—

Soy oficial mayor de la notaría del Sr. Miranda, y vengo con un encargo importante.....

—Lo hora es inoportuna.....

—Cuénteselo usted al tren, que no ha llegado antes.....

—Pues vuelva mañana, de día, porque no abro la puerta á esta hora.

—¿Por qué rehusa usted las cartas certificadas?..... No puedo volver mañana, pues debo estar en Madrid antes de la madrugada..... ¡O abre usted, ó echo abajo la puerta!..... ¡Eh, cocheró! Baja del pescante, y ven á ayudarme..... que respondo de todo.

El Sr. Roca, gruñendo largo rato, decidióse á bajar, y en el momento en que abrió la puerta, el oficial de notario se dispuso á entrar en el portal, en compañía de una mujer que llevaba en brazos un paquete muy abultado.

—¡Alto ahí!—gritó D. Dámaso, prohibiéndoles la entrada.

—¿Por qué razón?—preguntó el joven.—El certificado que usted no quiso recibir hace algunas semanas anunciaba el fallecimiento de su sobrino, quien ha dejado una niña de dos años, también huérfana de madre, sola en el mundo, sin amparo..... porque su padre murió en Buenos Aires absolutamente arruinado.....

El Sr. Roca, sin moverse, sin pestañear siquiera, dirigía una mirada glacial, fija, sinistra, al bulto que la mujer tenía en brazos.

—¿Y qué tengo que ver con eso?—preguntó secamente.

—Que la niña huérfana—contestó atrevidamente el oficial de notario—no tiene más pariente que usted, y es preciso que usted se encargue de ella.....

—Mi sobrino—interrumpió D. Dámaso—se casó contra mi voluntad..... ¡No reconozco á su hija!; no me encargo de ella!

Y dando esta cruel respuesta, retiróse hacia atrás y quiso cerrar la puerta.

Pero la mujer se adelantó un paso, entró en el portal y exclamó con acento de indignación:

—¡Eh, caballero! Yo soy una infeliz nodriza alquilada para la niña durante su largo viaje, y no puedo creer que usted sea bastante inhumano para rechazar á este ángel inocente..... ¡Tiene dos años, señor!; ¡Mírela usted! Es una joya, una perla..... Habla ya como cantan los jilgueros, y es tan linda..... ¡el vivo retrato de su madre!..... sí, de su madre, á quien yo misma he llevado al camposanto..... ¿No es usted, señor, su único pariente?

—¡Repito que no la conozco!—volvió á decir D. Dámaso con voz lúgubre; y añadió cruelmente:—¡Hay hospicios para los niños huérfanos y pobres!

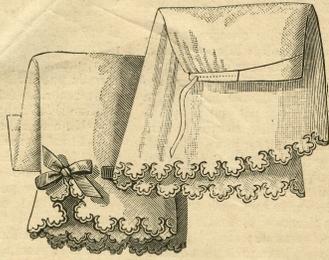
Y aquel hombre insensible cerró bruscamente la puerta, y corrió el cerrojo.

Pero el oficial de notario, lanzando un tremendo juramento, mientras la mujer prorrumpía en injurias y maldiciones al cruel anciano, gritó con furia:

—¡Acójala siquiera por esta noche!; Mañana la llevará al hospicio!; ¡Abra usted, ó voy á buscar al inspector de policía!



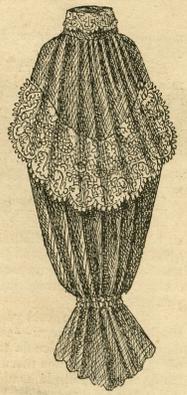
10.—Abrigo para niñas y niños de 2 á 3 años.



11 y 12.—Enagua y pantalón de franela.



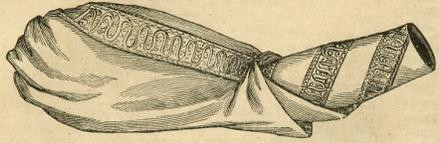
13.—Camiseta interior de franela bordada.



14.—Peto y alzacuello de muselina y encaje.



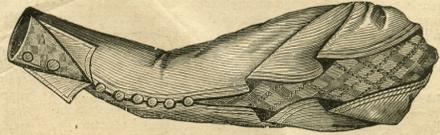
15 á 17.—Trajes de teatro ó concierto.



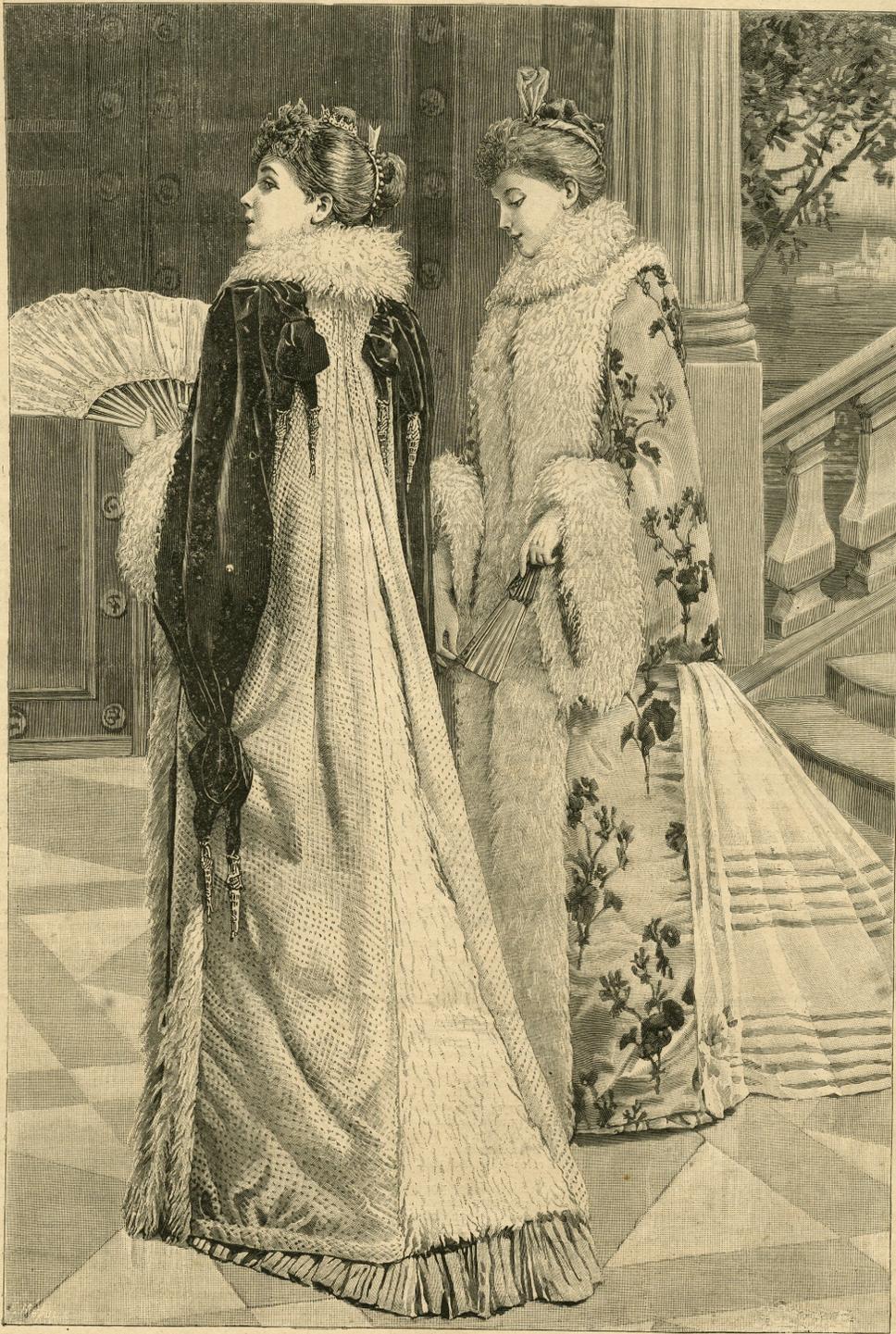
18.—Manga para vestido de calle.



20.—Esclavina para niñas de 12 á 14 años.



19.—Manga para vestido de calle.



21 y 22.—Dos salidas de baile y teatro.

—Y yo sublevaré á los vecinos del barrio!—gritaba al par la mujer.—Es usted un monstruo, un malvado!; Vecinos, vecinos!; Ved un hombre de corazón de tigre que deja á los niños morir de frío en medio de la calle!

—Canalla!—gritó á la vez el cochero, bajando del pescante.—Vamos á echar abajo la puerta!

Pero D. Dámaso, aunque escuchaba estas injurias y amenazas, permanecía muy tranquilo detrás de la puerta....

—¿Qué ruido es este, señor?—dijo entonces una voz chillona y áspera, resonando en el fondo del portal obscuro. Era la voz de la anciana doméstica.

—Nada!—contestó Roca fríamente.—Me traen la hija de mi sobrino, y no quiero recibirla.

Las amenazas seguían con rudo estruendo.

—Abra usted, por Dios, abra usted!—exclamó la criada.—Pues no comprende que si se reúnen las gentes del barrio son capaces de poner fuego á la casa?

El hombre del gorro de terciopelo descorrió el cerrojo sin contestar una palabra, y las amenazas é injurias cesaron en el acto.

—¿Dónde está la niña?—preguntó Lorenza, que tal era el nombre de la criada.

La niña se presentaba por sí misma: habiéndose despedido por el ruido de la anterior escena, rebullíase en los brazos de la mujer y lloraba á lágrima viva.

Lorenza la cogió, y cerró en seguida la puerta.

Un instante después el coche rodó nuevamente por las calles de Florópolis, cubiertas de nieve, dirigiéndose, con el oficial de notario y la nodriza, á la estación del camino de hierro; y mientras, la niña, asombrada de ver tan cerca de su carita un rostro desconocido, contemplábase en silencio y con la boca abierta.

Lorenza dijo á su señor, que estaba inmóvil en el portal:—Vaya usted adelante....

Y el cogió la palmatoria, subió la escalera sin volver la cabeza, como si nada le importase lo que acababa de acontecer, sentóse en su ancho sillón de vaqueta, y emprendió otra vez la lectura con absoluta indiferencia.

Lorenza se sentó cerca de la chimenea, quitó á la niña el chal y la capucha que la cubrían, la aproximó al fuego para calentarla sus manecitas, la dió un beso y la miró con un interés que en vano trataba de ocultar.

La niña tenía grandes ojos negros, profundos, brillantísimos como estrellas, en una faz blanca y sonrosada y bajo un velo de largas pestañas y dorados bucles.

—¿Tienes mucho frío? ¿quieres un poco de leche caliente?—la preguntó al oído, en voz muy baja.

—No, Luz *quere* nana—respondió la niña.

Lorenza empezó á desnudarla, y pudo observar que su vestidito blanco y sus faldas de fina tela de hilo revelaban el cuidadoso esmero que una madre tiene por su hija; y la niña, que la dejó hacer sin inquietarse, besó una medallita de oro que tenía pendiente de un cordón en su redonda garganta, y reclino la rubia cabecita en el pecho de la vieja criada, diciendo:—

—Ahora.... nana.

Lorenza empezó á mecerla suavemente.

Canta, mamá—murmuró la niña, levantando un instante la cabeza para mirar á la doméstica, y volviendo á reclinarsse en seguida.

Lorenza experimentó entonces un sentimiento extraño é inesperado: inspiraba antipatía, casi miedo, ya fuese por su rostro arrugado y moreno, ya por su mirada triste y durísima, á los muchachos del barrio, y aun los más audaces la llamaban fea bruja; pero aquella inocente niña que confiaba en ella, que se acurrucaba en su regazo, que la nombraba mamá, que la pedía el cantar de la Nana, aquella inocente niña hizo palpitar de amor á su corazón.

Lanzó una mirada tímida á su amo, y bajando la voz hasta el murmullo, cantó en apagado tono la Nana, que no la había cantado hacía muchos años, muchísimos años.... Y mientras su emoción la apretaba la garganta y algo húmedo subía á sus antes enjutos ojos, la niña se durmió en su regazo, tranquila y dulcísima, al arrullo del cántico y al calor del seno.

Lorenza se levantó sin hacer el menor ruido, acostó á la niña en su propia cama, y después de mirarla sonriendo, volvió al gabinete, plegó las ropitas y....

—Lorenza!—exclamó entonces el hombre del gorro negro, levantando la cabeza y mirando fijamente á su criada.

—Mande usted, señor.

—¿A qué hora hay tren para Madrid?

—A las siete de la mañana.

—Pues oye: prepara lo necesario para que me acompañes con esa chichuela.

Lorenza se estremeció.

—¿A dónde la lleva usted, señor?

—Á la Inclusa, al Hospicio, á un asilo de beneficencia....

¿Entiendes?

La criada no le contestó, y se retiró á su cuarto: estaba rendida de cansancio, y no se acostó; se envolvió en su chal, sentóse á la cabecera de la cama de la niña, y pasó la noche contemplando el sereno y sonrosado semblante de aquel ángel dormido.

## III.

Lorenza no conocía sino vagamente las historias de familia de su señor; sabía, sí, que en los días en que ella empezó á servirle arrojó de su casa á un sobrino que amaba como hijo, y que, después de penosas luchas y sufrimientos, se casó con la mujer anada y pobre....

También Lorenza sentía entonces el alma profundamente herida: su único hijo la había despojado de los módicos recursos que tenía para vivir, y muerto en una riña pocos meses después, la pobre madre se vió precisada á ganar con su trabajo el pan de cada día, sirviendo al misántropo D. Dámaso, y aislándose del mundo á su lado.

Pero ¿hay acaso corazón tan endurecido que no guarde una fibra palpitante?

Lorenza, en su cuarto casi á oscuras, sin muebles, frío, continuaba mirando aquella inocente criatura que la había

sonreído y apoyado la cabeza en su seno con tan angelical abandono, llamándola madre; y como el tiempo y la muerte dulcificaron el recuerdo de su indigno hijo, tal vez la infeliz se acordaba de la época lejana en que le veía dormido, también sereno y hermoso como aquella pobre niña.

Por una extraña sucesión de ideas, deploraba luego que esa niña sólo fuera huésped de una noche en la casa, y poco á poco empezó á pensar en que sería menos triste para ella tener á su lado una criatura amante que la siguiera á todas partes, á la compra, á la cocina, al jardín.... porque su amo, el misántropo D. Dámaso, solamente la dirigía la palabra para dar órdenes breves y duras....

Cuando el reloj dió las cinco, Lorenza había tomado una resolución decisiva: asegurarse primero de que la niña dormía todavía con sueño profundo, y en seguida llamó en la puerta del dormitorio de Roca, quien tardó mucho tiempo en despertarse.

LA CONDESA DE CAMPOBLANCO.

Continuaré.

## EL FALSO ESPEJO.

Yo sé que entre las flores de los valles  
Se cuentan los reptiles,  
Y sé que entre las nubes del espacio  
La tempestad reside;

Yo sé que bajo limpida laguna  
Hay lecho de vil cieno,  
Y sé que en los alcázares dorados  
Hay lágrimas de duelo....

Pero ¿cómo creer que el blanco rostro  
Que tanto bien menta,  
Pudiera ser—oh Dios!—el falso espejo  
De un alma corrompida?

ELISA CASAS.

## EN EL ÁLBUM

DE DOÑA LUISA AGUILAR DE LORZA.

Á escribir aquí el primero  
Tu franca amistad me obliga,  
Y honrado me considero  
Ejerciendo de portero  
En el álbum de una amiga.

Ningún mérito me abona;  
Por eso mi afán pregona  
Que otros vengan á cantarte:  
¡Llegad, mirlos de Heliconia,  
Y ruiséñores del Arte!

¡Venid á mí, compañeros,  
Á entonar dulce cantata!....  
¡Venid, humanos jilgueros!....  
¡Llegad, poetas porteros!  
Que andáis á salto de mata!

¡Dejad el nido de amor!  
¡Dejad la verde pradera!  
¡Volad aquí, por favor!....  
¡Volad, que por primavera  
Las aves cantan mejor!

¡Tañed un cuarto de hora  
Esa lira que bendigo  
Por dulce y arboradora!  
¡Os lo demanda un amigo  
Y os lo ruega una señora!

Creo que se da la caza:  
¡Ya vuelan!.... No es ilusión:  
Y son pájaros de raza:  
*Echegaray, Vital Aza,  
Busillo y Ramos Carrión.*

El reclamo es de primera,  
Y ha caído toda entera  
La numerosa bandada:  
*Sierra, Luceño, Estremera,  
Sinesio, Fiacro, Taboada.*

También *Dicenta* cayó,  
Y *Chaves* le acompañó:  
El concierto es joco-serio.  
*Limondoz y Monasterio,  
Celso, Amiches y Canó.*

Creo que servida estás,  
Y las gracias me darás.  
Pero, ahí llega otra pandilla:  
El buen *Mecachis y Cilla,*  
Y otros dibujantes más.

También llegan presurosos  
Dos autoritos famosos,  
A los que con ansia aguardo:  
*Felipe Pérez y Eduardo  
Navarro;* ¡dos perzerosos!

Darte un álbum prometí,  
Y cual *buen inglés* cumpí  
Esa palabra empeñada:  
¡Si mi canto no te agrada,  
Otros cantarán por mí!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

## MISCELÁNEA DOMÉSTICA.

## III.

Señoras Suscriptoras de LA MODA ELEGANTE.



SEÑORAS MÍAS Y AMIGAS: Tengo que empezar contestando á varias preguntas que se me han dirigido. Lo haré con singular placer, sintiendo que mis cortas luces no me permitan dar á toda pregunta la más completa y satisfactoria respuesta. ¡Felices los que saben algo! Porque algo pueden enseñar. En fin, socórrame la benevolencia y la bondad de mis lectoras.

PRIMERA PREGUNTA: ¿Cómo se las compone usted para tener claveles en invierno?

RESPUESTA: Procuero retardar todo lo posible el brote de las flores en el verano, privando de luz y de calor á las plantas. A fines de Octubre doy un buen abono á la tierra, y sólo pongo los tiestos en el balcón cuando hace un día magnífico. El calor de la chimenea y un cuidado incesante, me producen claveles en el rigor del invierno. Sin mucho trabajo no se consigue nada fuera de su tiempo y sazón.

SEGUNDA PREGUNTA: ¿Es verdad que con una planta de ricino se alejan las moscas?

RESPUESTA: Sí; pero es menester que la planta sea bastante grande. La maceta, por consiguiente, no puede ser pequeña, ni debe contener demasiada semilla. También es menester abonar mucho la tierra.

TERCERA PREGUNTA: Explíqueme usted cómo hace los fritos su criada.

RESPUESTA: Sí, señora. Llena de aceite ó de manteca una sartén muy honda y bastante grande. El pescado lo frie siempre con aceite. Cuando la grasa está hirviendo á todo hervir, echa, por ejemplo, un manojito de buñones, le da dos ó tres vueltas con la rasera y lo saca en seguida, poniéndolo en la Parrilla, y nunca un manojito sobre otro. Como las Parrillas y la rasera son de tela metálica de lincos muy anchos, el aceite escurre al momento y puede servirse el frito en una servilleta, porque apenas mancha. Antes de llevar el plato á la mesa, lo pone al aire libre.

CUARTA PREGUNTA: Si ha convertido usted la sala en comedor, ¿dónde recibe á las visitas de etiqueta?

RESPUESTA: Las personas que tienen gusto en verme son amigas mías, y puesto que son amigas mías, no son de etiqueta: pasan al comedor ó á mi dormitorio: toda la casa es suya. Cuando alguien viene á molestarlo, recibo en el pasillo, para que la visita dure poco. Sé de algunas personas que se ahorran la sala para las visitas de etiqueta, por un procedimiento muy conocido: nunca están en casa.

QUINTA PREGUNTA: Siendo ustedes en la casa tres mujeres solas, ¿no tienen miedo? ¿Por qué no duerme usted en la habitación de su tía?

RESPUESTA: Creo que, mientras sea posible, conviene que cada persona tenga su dormitorio separado. Lo aconseja, principalmente, la higiene, según decía mi padre. En cuanto al miedo, bueno será que sepa usted cómo procuramos no tenerlo. Junto á cada una de las camas hay un llamador que hace sonar una campanilla en cada uno de los otros dormitorios; de suerte, que si yo tiro del llamador, aviso á mi tía y á la criada; si tira mi tía, acuéllanos la criada y yo, etc. Además, en la cocina y en el pasillo tenemos el tirador de un timbre que está en el cuarto del portero. Aseguramos las ventanas y balcones con barras de hierro sujetas por dos cadenas, y en la puerta de entrada ponemos una barra y una cadena. Más todavía: cerramos con pasadores las puertas de los dormitorios, porque el pasador evita una sorpresa, y no es obstáculo grande en el caso de que por cualquier accidente no pueda descorrerlo la persona encerrada. Nunca dejamos la casa sola, y antes de acostarnos registramos todas las habitaciones. Ya ve usted si podremos dormir con tranquilidad. Una amiga mía se vale de otro sistema que desde luego es más sencillo. En la parte superior del marco de la puerta de entrada pone fija una chapita de hierro, donde, por la noche, y sin que la criada lo sepa, introduce el extremo del fleje de una campanilla como las que se usan en las casas, midiendo la distancia convenientemente, á fin de que si se abre la puerta tropiece en el acto con el borde de la campanilla. Resulta, pues, inútil el trabajo de los ladrones que abren la puerta, porque en el momento suena un campanilleo formidable que los pone en vergonzosa fuga. Esto sirve también para que nadie salga de casa sin que una lo sepa. Todo se reduce á poner y quitar la campanilla á última y á primera hora, cuando no se tiene confianza en los criados. Inútil parece advertir que si la campanilla no es de quita y pon, ó se deja puesta de día, no habrá sorpresa. Dicha precavida señora, que está muy acostumbrada á viajar, me recomendaba las precauciones siguientes: 1.ª Llevar siempre en el saco de noche dos ó tres pasadores fuertes con sus tornillos, y un pequeño atornillador, á fin de ponerlos en las puertas de las habitaciones de las fondas que no ofrezcan la debida seguridad. 2.ª Cuando la puerta tenga llave, conviene cerrarla por dentro dejando la llave en la cerradura y colgando de la llave una silla, medio que impide absolutamente la entrada por sorpresa. 3.ª A falta de llave y de pasadores, se apoyan contra la puerta algunas sillas, en equilibrio unas sobre otras. 4.ª No está demás llevar una caja llena de garbanos, cuidando de recogerlos por la mañana. Estas y otras precauciones que se podrían referir, demuestran que sólo debe ser sorprendente el que se deje sorprender. Y no hablo aquí de los nuevos timbres de alarma, porque sólo trato de indicar los recursos más sencillos y más caseros.

SEXTA PREGUNTA: ¿Podría darnos la criada Petra algunas recetas de sopas extranjeras?

RESPUESTA: Sí, señoras; dico Petra que se enorgullece por la distinción de que es objeto, y acaba de comunicarme cuatro recetas de *sopa levantina*.

Primera: sopa de pan, llamada de *camillante*. Se echa en una cazuela, ó en un puchero, aceite crudo y pan tierno ó pan duro remojado (cuatro cucharadas de aceite para media

libra de pan), ajo, sal y perejil, y se deja cocer por espacio de quince ó veinte minutos: en seguida se echan dos ó tres huevos por cada media libra de pan, se revuelve todo con una cucharara, se aparta de la lumbre y se come.

Segunda: sopa de pan, llamada *à la marinera*. Ingredientes: caldo de pescado; pan tierno, partido en rebanadas; cuatro cucharadas de aceite crudo por cada libra de pan; hierbabuena; perejil; ajo; sal; un poquito de cebolla picada; un par de granos de pimienta; dos clavos de especia; algunos trozos del pescado que se coció para hacer la salsa, y uno ó dos huevos de mijol, en pedacitos muy pequeños. Se cuece todo, por espacio de quince ó veinte minutos, y se pone à enfriar donde corra el aire.

Tercera: sopa de pan, llamada *de convite*. Se echa en una cacerola un buen caldo de carne de vaca y de carnero, y cuando esté à punto de hervir se echa en el caldo lo siguiente: rebanadas muy finas de pan tierno, tostadas al horno; rodajas de huevo cocido; hígado de gallina, en pedacitos pequeños; hierbabuena; sal, y unos pedacitos de trufa. Se aparta la cacerola del hornillo y se cubre con tapadera llena de lumbre, tan sólo el tiempo suficiente para que se cueza el hígado. Ha de procurarse que las rodajas de huevo quecen en la superficie, al llevar el plato à la mesa.

Cuarta: sopa de guisantes, llamada *Hortelana*. Ingredientes: caldo de carne; guisantes cocidos; pedacitos de jamón en dulce; huevos estrellados; sal y pimienta. Se echa todo en el caldo hirviendo, y los huevos encima, y antes de que éstos acaben de cuajarse hay que apartar la cacerola de la lumbre, sirviendo inmediatamente la sopa.

SÉTIMA PREGUNTA: Usted, que sabe tantas cosas, ¿podrá decirme si es verdad que poniendo un papel mojado en la pared se oye lo que dicen al otro lado?

RESPUESTA: Prueba de que yo sé muy poco, que no puedo dar à usted la contestación que me pide. Mas tratándose de ciertas paredes, y en particular de los tabiques medianeros de las casas de Madrid, me parece que no hacen falta papeles mojados para que cada inquilino oiga, aunque no quiera, lo que hablan en la vecindad. Recuerdo que en una tarde del mes de Julio clavé yo una tachuela en la medianera de mi gabinete, y di con ella en la nariz de una vecina que dormía la siesta arrematada à la pared.

OCTAVA PREGUNTA: ¿Podrá usted darme una receta para destruir ó alejar las hormigas?

RESPUESTA: Sí, señora. Puede usted emplear el agua de alumbre, caliente, echándola en el hormiguero. Se disuelve el alumbre en agua, se hierva ésta por espacio de dos minutos, y ya puede usarse. También sirve una mezcla de bórax pulverizado y de azúcar molida, echándola en los sitios más frecuentados por las hormigas. Lo malo es cuando se trata de hormigas viajeras, que entran por todas partes y lo recorren todo sin que haya medio de evitarlo. Contra éstas se necesita un recurso más enérgico; verbigracia, en una lata de petróleo, vacía, se baten dos litros de agua con siete gramos de aceite de enebro, muy bien batido, y se riegan con este líquido los lugares por donde se vea que entran las hormigas. Si esto no basta; debe ponerse cordilla ó cualquier desperdicio de carne entre dos platos de zinc ó de hoja de lata, llenos de agujeros, y las hormigas acudirán con avidéz, quedándose muertas ó atargadas sobre el cebo. Cada vez que salieran horas se sumergen los platos en agua caliente, se limpian y se prepara de nuevo el festín de las incómodas intrusas, y todas desaparecerán en dos ó tres días.

NOVENA PREGUNTA: ¿Sirve la planta de ricino para desterrar los mosquitos?

RESPUESTA: No lo he probado. Sé de una receta contra esos músicos ambulantes, que consiste en quemar un poco de alcanfor sobre una badilla ó sobre cualquier plancha de hierro, calentando ésta por debajo con una llama. Pero hay que tener cerrada la habitación à fin de que no se evapore pronto el olor y de que no huyan los mosquitos. Porque si huyen, vuelven; y si se abre la habitación, entran otros. Lo mejor es el mosquitero; debe ser completamente cerrado, para que cubra la cama como la tapadera de una caja; y ya en el lecho, se mete debajo del colchón la parte inferior de los paños. Hay quien no lo puede resistir y dice que se ahoga en la cárcel de tela, pero eso debe contárselo à los mosquitos. Aquí son muy inocentes los caballeros de la trompeta; los del trópico saben latin, se cuecen por el más pequeño agujero y taladrán el forro del catre lo mismo que si fuera de tul. Cuando esta plaga se desarrolla y vive en plena libertad, constituye el más insostenible de los martirios. Hay, sin embargo, un medio, usado por mi querida amiga la Marquesa de H..., persona muy práctica y que tiene pocos imitadores. Cuando llega el verano cubre todas las ventanas, balcones y puertas de su casa con una tela metálica muy tupida, que deja pasar el aire y cierra el paso à los mosquitos, y por consiguiente à las moscas, avispas, abejas y moscones. En las ventanas, queda la tela por la parte de afuera, delante de los cristales; en los balcones, cubre desde la barandilla, como los cristales, de un mirador, y en las puertas, forma una puerta doble con goznes de resorte. El recurso de la Marquesa de H... es de última instancia contra los señores mosquitos. Pero hay quien prefiere taparse la cabeza con la sábana y con la colcha, y le resulta más barato. No pocas personas tienen el privilegio de la inmunidad, por un secreto de su sangre: todo bichito que les pica, sucumbe de repente; y son pocos los que se atreven à picar en cuerpos tan privilegiados, sin duda porque algún telégrafo eléctrico les anuncia el peligro. Mas bien se vengán los traidores en los que tenemos sangre dulce.

DÉCIMA PREGUNTA: ¿Quiéne usted decirme si Petra sabe cuando está aguada la leche, sin valerse de ajeno auxilio?

RESPUESTA: Supongo que en el ajeno auxilio incluirá usted los sistemas empleados por el laboratorio municipal. Pues, sí, señora: Petra lo sabe; Petra no necesita laboratorios. Lo primero que hace es comprar la leche à vendedores acreditados y que ofrecen la garantía de su honradez y del precio que cobran, pues sabido es que por menos de cuarenta céntimos el cuartillo no se puede ni se debe encontrar buena leche en la villa y corte. Hasta en la leche vista ordeñar cabe la trampa, porque la vaca, ó la cabra, que come mucha sal, no es posible que produzca excelente leche. Sin perjuicio de tomar dicha precaución, mi criada se entera por

si misma de la calidad de la leche. ¿Cómo? Poniendo el sabroso líquido en una botella alta y estrecha, de cristal blanco, y dejando la botella en un lugar fresco durante algunas horas: al cabo de ellas, el agua que tenga la leche ocupará el fondo del recipiente, encima se verá el suero, encima del suero se verá la manteca, y encima de la manteca se verá la albúmina, si la hay en el líquido. Advertido que la botella debe estar muy limpia y bien seca. La operación sería engorrosa si fuera preciso hacerla todos los días, pero hasta hacerla de cuando en cuando y que sepa el lechero que se sabe hacer.

Y con esto me despido de ustedes poniéndome de nuevo à sus órdenes.

ARACELI.

## LOS CELOS.



l elegante y castizo escritor Castro y Serrano ha definido la pasión de los celos de una manera tan gráfica como original.

Es, ha dicho, una enfermedad del estado sano.

Y tiene muchísima razón; porque, como el mismo hace observar, pertenece al número de las malas pasiones, que al perturbar el alma de las criaturas, dejan en apariencia intactas las fibras del cuerpo humano.

Opina el citado escritor, por supuesto humorísticamente, que à la fisiología del porvenir le está reservado un importantísimo descubrimiento: el demostrar que las dolencias del espíritu son bicharracos, y que cuando se encuentre el microbio de las pasiones, nos explicaremos ciertos fenómenos que hasta hoy aparecen inexplicables.

Esta opinión es una sátira fina, pero punzante, de los adelantos de la Medicina moderna. Con todo, yo creo que para llamar sabandijas à las malas pasiones no es necesario esperar hasta el siglo que viene; porque, bien mirado, ¿qué son éstas sino los bicharracos del espíritu?

Los celos son hijos del Amor, dice la filosofía popular, y dice una verdad.... hasta cierto punto.

Porque admitiendo dicha opinión como una verdad inconcusa, preciso es también que conveengamos en una cosa: en que el señorito Cupido tiene unos hijos muy mal educados.

Mal educados, sí, y no boro la frase, porque no hay nada más impertinente que un celoso.

Sin embargo, conveengo en que los celos son hijos del Amor; pero, entendiéndose bien, del excesivo amor.... propio.

De otro modo no admito la opinión de la filosofía popular.

Porque ser celoso implica forzosamente ser egoísta y algo todavía más repugnante en algunos casos: envidioso.

Bien visto, ¿qué origina los celos si no es la envidia de la felicidad ajena?

Reunido en el corazón de un enamorado estas dos malas pasiones, el egoísmo y la envidia, y resultará un monstruo.

Por ejemplo, Otelo, ese enamorado famoso que ha sublimado la trágica nusa de Shakespeare.

Yo creo que para amar no es necesario ser celoso.

Sin embargo, las mujeres no piensan generalmente como yo, y para ellas la máxima antigua: «No hay amor sin celos», equivale al Evangelio.

Me lo explico: en la pesca del amor, los celos son los anzuelos de que se sirven para recuperar al amante extraviado.

También se valen de ellos para conquistar à los tímidos. Cuando una mujer no consigue que un amante corto de genio se le declare, apela à los celos, fingiendo corresponder à los galanteos del primer adventuzo que se le presenta.

En cambio trata con el mayor desdén al hombre cuyo cariño desea conseguir.

El resultado es inmediato: los celos no tardan en anidar en el corazón del tímido galán, y éste dispara à quemarropa à la dama de sus pensamientos la declaración deseada.

Pero son éstos celos que no titubeo en llamar inocentes, porque rara vez suelen traer malas consecuencias. Con la convicción de poseer el cariño del objeto amado, desaparecen, pudiéndoseles comparar à una nube de verano, porque empuñan un breve momento el cielo de la dicha.

Los celos verdaderamente monstruosos, que deben colocarse en el número de las malas pasiones, son los que algunas personas sienten sin explicarse la razón de ello.

Las que padecen esta enfermedad moral, difícil de curar, son bien dignas de lástima.

Porque no sólo son desgraciadas, sino que causan la infelicidad del objeto amado.

Dios libre à mis lectoras de unir su suerte con la de un celoso.

Es la desgracia mayor que les pudiera suceder. El celoso es un ser que vive en continuo sobresalto, temeroso de que otro hombre pueda usurparle el cariño de la mujer amada.

Por temer.... teme hasta de su propia sombra. Usando una frase vulgar, los dedos se le antojan huespedes, y halla motivos de recelo en la cosa más inocente.

Cuando los celos son fundados, el celoso deja de ser hombre y se convierte en fiera.

Es una fiera, y las fieras no raciocinan.

Gran parte de los dramas sangrientos que se ventilan ante los tribunales son debidos à los celos.

La historia de los crímenes célebres lo demuestra.

Se ha repetido muchas veces que de lo sublime à lo ridículo sólo media un paso, y se ha dicho una gran verdad.

Porque todo aquello que un celoso tiene de terrible cuando los celos son fundados, tiene de cómico cuando no lo son.

Yo he conocido à un celoso que era el verdugo de su pobre mujer, señora tan virtuosa como bella, la cual no gozó nunca un momento de tranquilidad.

Como por su buena posición nuestro hombre no tenía negocios en qué ocuparse, la pobre señora lo tenía montado en sus narices.

No la dejaba un momento: la tenía sujeta à la vigilancia más humillante é inquisitorial.

Sin embargo, no la privaba de ningún capricho, siempre que éste no fuese motivo de celos.

Vestidos, joyas, muebles, en una palabra, el menor deseo que la buena señora manifestara era al instante satisfecho.

¿Pero para qué?

La pobre no podía lucir en público las costosas galas que hubiesen envidiado en los salones muchas mujeres.

Si alguna vez tenía el capricho de componerse, su marido cerraba presuroso las puertas del gabinete, para que no la viesen los criados, y la decía:

—Quiero que te engalanes, pero para mí solo.

Si el capricho se repetía, el esposo exclamaba con acritud:

—Mucho te compones, luego à alguien esperas. Exensado es decir que la casa de estos señores estaba cerrada para todo el mundo.

A los teatros y paseos no concurrían, porque una vez que fueron à la Opera, como la señora tuviese la curiosidad de fijar los gemelos en el escenario, su marido, olvidando las buenas formas sociales, exclamó en alta voz:

—Lo sospechaba, ¡ya te has enamorado del tenor!

Esto, como es natural, produjo la hilaridad de los espectadores.

Otro celoso conozco en la actualidad que es también la desgracia de su señora.

Se llama Sinforoso Pocos-migas, y habita en el cuarto segundo de la misma casa donde yo residí.

Por razón de vecindad, le encuentro con frecuencia en la escalera; pero no le saludo, porque me consta que no quiere trato con nadie.

De este señor cuentan los vecinos cosas peregrinas.

Rara es la vez que sale de casa que no regrese so pretexto de haber olvidado la petaca, el reloj ó cosa parecida, pero en realidad, con la maliciosa idea de pillar en infraganti falta à su señora.

Se le ha metido en la cabeza que ésta le es infiel, y sin fundamento alguno, el mismo se hace desgraciado.

Días atrás ocurrió en su cuarto una escena muy cómica.

Apenas había salido nuestro hombre à la calle, cuando volvió à casa precipitadamente, subiéndole de dos los pedañes de la escalera.

Había visto entrar en el portal à un *gomoso* que habla por el ventanillo con la vecinita del tercero, y no quiso saber más.

—Este es el caballero que le *hace el oso* à mi mujer— pensó.

Y ciego de ira, entró en su cuarto, y dirigiéndose à su pobre señora, que le oyó estupefacta, exclamó:

—¿Dónde está el traidor? ¡Quiero estrangularle!

—Pero, ¿Sinforoso!....

—Yo no soy Sinforoso, soy un Otelo—dijo.

Y como casualmente se fijara en un sombrero de copa que estaba encima de una butaca, añadió:

—Infame, ¿te atreves aún à negar tu falta? He ahí la huella del crimen.

—¿Qué huella?

—Ese sombrero.

—¿Pero si es el tuyo!

—¡El mío!—exclamó nuestro hombre, llevándose las manos à la cabeza.

En efecto, preocupado con su maldita idea, mi vecino se había dejado el sombrero en casa.

Una observación antes de concluir.

Dicen que los celos son azules.

En mi tierra, cuando un niño tiene celos lo expresan en la siguiente frase:

*Molt blau está el cel.*

No me explico cómo se puede aplicar un color tan hermoso à una cosa tan horrible.

¡El azul! El color del cielo, de las vírgenes cristianas y de los ángeles rubios y sonrosados, símbolo de los celos.... ¡Imposible!

Si algún color tiene con ellos afinidad debe ser el rojo.

¡El color de las malas pasiones!

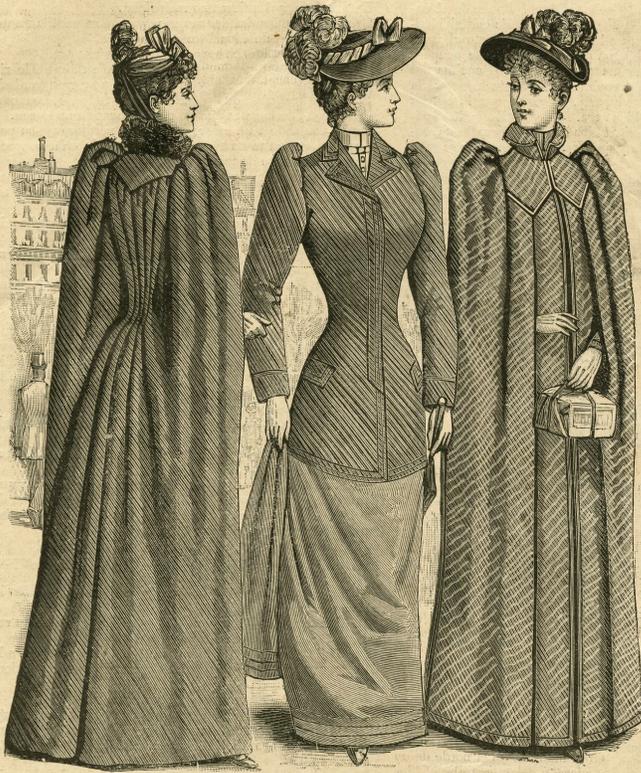
J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras à las ediciones de lujo, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del mismo periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras, no serán contestadas.

À UNA IMPERTINENTE.—Esa señorita puede llevar, para el luto que se indica, sombrero de castor negro con lazos de cinta de piel de seda, y *sprit* ó plumas también negras. Si prefiere *toques*, ésta debe ser de gasa, con alguna fantasma negra y no muy brillante. Bidas de cinta de piel de seda, del número 9.



23.—Abrigo largo de cheviota.

24.—Chaqueta de paño.

25.—Abrigo largo de paño inglés.



26.—Chaqueta á estilo de sastre.



27.—Abrigo para niñas de 5 á 6 años.



28 y 29.—Traje de visita para señoras. Espalda y delantero.



30.—Abrigo de visita.

31.—Traje de ceremonie.



